

camente su propia bajeza y la grandeza de Cristo Nuestro Señor, diciendo: «Aunque me tenéis por tan grande, sabed que hay otro más fuerte que yo, y más poderoso en la obra y en la palabra; y el exceso que me hace no es como quiera, sino tal, que no soy digno de ser el mínimo de sus esclavos, ni de hacer el oficio más bajo en su servicio, cual es desatarle la correa de sus zapatos». Por donde se ve que el verdadero humilde, cuanto es más santo, tanto se tiene por más vil y bajo á los ojos de Dios, juzgándose por indigno de ser su esclavo, en lo cual podrás tú conocer si lo eres. Por fin, mira cómo el Bautista, prosiguiendo en su humillación, apoca su bautismo por engrandecer el de Jesucristo, diciendo que el suyo es de agua sola, sin tener virtud de perdonar pecados ni lavar el alma; pero que otro vendría que los bautizaría con un bautismo por el cual les diese el Espíritu Santo y el fuego del divino amor; y en esto se ve otro carácter del humilde, que apoca y desprecia sus obras en cuanto son suyas, y juntamente engrandece y da á conocer las obras de Dios. Al ver tan profunda humildad en san Juan, confúndete de conocerte tan diferente y hallarte tan soberbio en los pensamientos, palabras y obras, y pide á este glorioso santo te alcance la gracia de saberle imitar. ¡Oh glorioso Precursor! Gózome en el alma de veros tan humilde, con ser de Dios y de los hombres tan honrado; suplicad al Señor, que os dió tan rara humildad, me dé alguna parte de ella, para que no pierda por mi soberbia el bien que Dios me hubiere dado por su gracia². Y nosotros, siendo tan pobres, ¿no quereremos humillarnos? ¿Dejaremos que nos lleve la vanidad, el deseo de agradar y el afán de sobreponernos á los demás?

Epílogo y coloquios. ¡Hermoso y perfecto dechado para el misionero y para todo aquel que tiene á su cuidado la enseñanza de los demás, es el glorioso Bautista! Amante de su retiro y enamorado del desierto, sólo se aparta de él cuando se siente movido por el divino Espíritu é impulsado por el amor á Dios y á los hombres. Él predica, pero ¡con qué celo! ¡con cuánta viveza! ¡con qué dulzura atrae á los arrepentidos, y con qué fuego embiste á los duros y soberbios! Predica, pero ¡qué asuntos tan prácticos! ¡con qué razones tan sólidas los apoya! La penitencia, el arrepentimiento de las culpas, arrancado é inspirado por la consideración de los bienes eternos y de los males perdurables: tales son sus temas favoritos. Así se explica el maravilloso fruto de bendición que logra. Así se comprende que, sin hacer otros milagros que el de su vida austera y penitente, vengan á millares los pecadores más endurecidos, confesando humildemente sus pecados, y pidiendo con lágrimas el perdón de todos ellos. ¡Ah! Es que Dios ensalza á los humildes; y como san Juan estaba adornado con esta hermosa y atractiva virtud, complacíase el

¹ Math., iii, 11. — ² Mich., vi, 14.

Señor en dar eficacia á su palabra. ¿Por qué no imitas tú al glorioso Bautista en las circunstancias de su predicación? ¿Por qué no le imitas, especialmente en la virtud de la humildad, siéndote tan necesaria y tan fácil? Piensa lo que debes hacer; haz propósitos; pide gracia, y ruega por todo lo demás que te hayan encomendado.

47.—EMBAJADA DE LOS JUDÍOS AL BAUTISTA.

PRELUDIO 1.º Enviaron los judíos una embajada á san Juan Bautista para preguntarle si era Cristo, ó Elias, ó algún profeta, á lo que contestó negativamente.

PRELUDIO 2.º Representate á san Juan Bautista hablando con los embajadores.

PRELUDIO 3.º Pide gracia de imitar la humildad y demás virtudes del Bautista.

Punto 1.º *San Juan dice que no es el Cristo, ni Elias, ni otro profeta.*—Considera cómo los judíos, deseosos de enterarse de quién era Juan, cuya vida tanto les admiraba, le enviaron una diputación que le preguntase si era el Cristo¹. Mas él, con gran prontitud y aseveración, contestó secamente: «Yo no soy Cristo». Así burló este santo Precursor los ardides del demonio, que, envidioso de su virtud, pensaría derribarle ofreciéndole la dignidad de Dios y de Cristo, como había derribado á los primeros padres Adán y Eva y á muchos príncipes y monarcas del mundo. ¡Cuán poderosa es la virtud de la humildad para descubrir y vencer los engaños de Satanás! Pondera cómo, no satisfechos los enviados de los judíos de la respuesta del Bautista, continuaron preguntándole: «¿Eres Elias?» Respondió: «No soy». «¿Eres profeta?» Respondió: «No». En lo cual debes admirar más la humildad de este grande hombre; porque pudiendo decir con verdad que era Elias² y profeta en el sentido en que lo dijo después Jesucristo, no quiso; sino, atendiendo al sentido en que se lo preguntaban, con gran resolución respondió que no lo era. Mira cómo es propio del verdadero humilde, no sólo el rechazar la honra que no merece, sino también el rehusar, cuanto es de su parte, la que merece y pudiera aceptar; por cuyo motivo él inventa modos para encubrir y ocultar sus grandezas, con tal de no ofender á la majestad de Dios; como en este caso dijo san Juan que no era profeta, entendiéndolo por tal al que anuncia las cosas por venir, en cuyo sentido él no lo era, toda vez que señalaba con el dedo al Mesías, que ya estaba en el mundo. Observa, por fin, el modo cómo responde con palabras breves y muy secas, y cada vez más lacónicas, hasta decir secamente «no». Así se porta el verdadero humilde con los que le lisonjean y alaban vanamente; porque ni se paga de la honra ó fama, ni se recrea en mirar al sol de la gloria mundana cuando resplandece, como dice Job³, ni á la luna

¹ Joan., i, 19. — ² Matth., xvii, 12. — ³ Job, xxxi, 26.

de la fama cuando está clara, ni les besa la mano, saboreándose en lo que tiene, ó en lo que de él dicen. ¿Caes tú en estos defectos? ¿Imitas al Bautista al recibir aplausos del mundo? ¿Te complaces en las alabanzas que te tributan? ¿Ocultas discretamente los dones que el Señor te ha concedido? ¡Oh Sol de Justicia¹, de quien vuestro Precursor recibió tanta luz para despreciar el resplandor mundano! Ilustradme con otra semejante, que cierre mis ojos para no ver con deleite lo que me ha de cegar con vanidad.

Punto 2.º *El Bautista dice que es voz del que clama en el desierto.*—Considera cómo, preguntando por cuarta vez los enviados de los judíos á san Juan quién era, él respondió: «Soy voz del que clama en el desierto». Con las cuales palabras, como muy humilde, de tal modo declaró el oficio que Dios le había encomendado, que juntamente descubrió la nada que tenía de su cosecha, diciendo que su oficio era ser voz y pregonero de Cristo, avisando á los hombres que se preparasen para recibirle. Pero llamóse voz, porque como la voz no tiene ser ni permanencia de su cosecha, y está pendiente del que la dice y del que habla, así él sentía de sí mismo que de su cosecha no tenía ser ni valor en aquel oficio, sino que todo lo recibía de Dios, que hablaba por él y cuya voz era. Por donde se ve que la humildad no es ciega para conocer los dones que tiene de Dios, ni muda para confesarlos cuando es menester; pero entonces los declara con palabras humildes, en las cuales descubre la dependencia que tiene de Dios y la nada que tiene de sí. Pondera además cómo, pudiendo el Bautista haber dicho que era hijo de Zacarías, de la familia sacerdotal, no dijo sino que era voz de Cristo, porque el humilde no se precia de linajes, ni de padres carnales, ni de oficios habidos por herencia, como el soberbio, sino solamente de ser siervo de Cristo, consagrado á cumplir su voluntad. Finalmente: mira con cuánta razón dijo que era voz, porque su vida y doctrina, sus ejemplos y palabras, eran voz que exhortaba á santidad y perfección; y era voz de Dios, porque así como el hombre es conocido por la voz, así por la vida del Bautista se daba á conocer la grandeza y majestad de Dios. ¡Oh Dios Eterno! Hacedme voz de vuestro Hijo unigénito Jesucristo, concediéndome una vida tan perfecta, que ella sea voz pregonera de su gloria, atribuyéndola, no á mí, sino á Vos, de quien todo lo bueno procede, y á quien sea honra y gloria por los siglos. ¡Oh alma! Mira la humildad del santo Precursor, mira cómo contesta, cómo es voz de Cristo, el poco caso que hace de las cosas mundanas. ¿Deseas imitarle? ¿Qué debes proponer y hacer?

Punto 3.º *San Juan da ilustre testimonio de Jesucristo.*—Considera cómo, oyendo los enviados del concilio de Jerusalén la última respuesta del Bautista, se atrevieron á preguntarle por

¹ Malach., iv, 2. — ² Isai., xl, 3.

qué bautizaba, reprendiéndole como usurpador de un oficio que no le pertenecía, no siendo ni el Cristo, ni Elías, ni Profeta. Pero san Juan, sin excusarse, ni volver por sí, ni decir que bautizaba por mandato de Dios, contestó sencillamente: «Mi bautismo es sólo de agua; mas en medio de vosotros está otro que no conocéis: este es el Mesías que ha de venir, el cual es mayor que yo, y yo no soy digno de desatar la correa de su zapato». ¡Qué humildad tan profunda! Recibe la reprensión que le dirigen sin defenderse, como que gusta de ser reconvenido sin culpa, y no quiere descubrir lo secreto de su honra, sino es cuando conviene para la honra de Dios, que siempre y en todo procura. ¡Qué fidelidad en cumplir su ministerio! Se vale de la misma reprensión de los delegados del concilio para dar delante de ellos testimonio de Cristo, como lo había dado delante del pueblo, apocando su propia persona y bautismo, y engrandeciendo la persona de Cristo nuestro Señor. En lo cual descubrió también exquisita prudencia, porque como esta gente era tan principal, y había de llevar su respuesta á todo el senado de Jerusalén, gustó de manifestar quién era él y quién era Cristo, para que llegase á noticia de todos, y de todos fuese Cristo venerado como Mesías, y él no más que por una voz, y el bautismo de Cristo fuese más estimado que el suyo, y así le recibiesen de mejor gana. ¡Ah! Con mucha razón dijo el Señor¹, hablando de este glorioso santo, que no era caña que se movía á todos vientos, sino firme como la tierra, porque estaba fundado sobre su nada. ¡Oh Dios Eterno, que labrasteis por vuestra mano este dechado de humildad, y le enviasteis delante de Vuestro Hijo, que venía por maestro de ella! Ayudadme para que aprenda de estos ejemplos á ser humilde, y con la humildad disponga mi corazón para recibir los dones de vuestra gracia, que negáis á los soberbios y concedéis á los humildes, levantándoles de la bajeza, para que suban á la alteza de su gloria. ¿No nos persuadimos aún de cuán necesaria nos es la humildad? ¿Qué hacemos para alcanzarla?

Epílogo y coloquios. ¡Oh humildad verdaderamente admirable del glorioso Precursor! Es tal su perfección y santidad, que da motivo á que se sospeche si es el Mesías, y preguntado acerca de este punto tan glorioso para él, no sólo niega lo que debía negar, sino que encubre lo que sin falta podía manifestar, diciendo que tampoco era Elías ó algún profeta en el sentido en que se lo preguntaban los enviados del Sanedrín. Así te enseña á ocultar con el velo de la humildad los dones que has recibido; pero también te enseña á declararlos con palabras modestas y del modo más humilde, cuando conviene para la gloria de Dios. Oye cómo descubre su ministerio: «Yo soy voz del que clama en el desierto». De mí nada soy, simple voz, sin ser ni permanencia,

¹ Matth., xi, 7.

dependiendo en todo del que por mí habla. Y porque soy voz, yo hablaré y haré que por mí sea conocida y exaltada la grandeza del que me ha enviado. Y porque soy voz, digo que el bautismo que yo administro es de pura agua; pero el que administre aquel que me envió al desierto, y cuyo calzado no soy digno de desatar, será bautismo de Espíritu Santo, el cual limpiará vuestras almas de toda mancha. ¡Qué ministro tan fiel es el Bautista! ¡Qué modelo tan perfecto hallamos en él! ¡Cómo se hunde él en la nada para engrandecer á Jesucristo! ¡Cuán diverso ha sido tu modo de obrar! ¡Cuántas veces has buscado tu honor y gloria á costa de Jesucristo y por el ministerio que te había concedido! ¿Qué harás en adelante? ¿Te atreverás á profanar ó adulterar la palabra de Dios? ¿Usurparás los dones recibidos de Dios para su gloria? Lloro tus faltas pasadas; resuelve para lo venidero, y convencido de tu nada, ruega con instancia é importunidad al Señor para ti y para los demás.

48.—BAUTISMO DE JESUCRISTO.

PRELUDIO 1.º Jesucristo fué bautizado por san Juan, y al mismo tiempo fué honrado por el Padre Eterno con un modo maravilloso.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesucristo recibiendo el bautismo de manos de Juan.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber imitar la humildad del Salvador.

Punto 1.º *Humildad de Jesucristo.*—Considera cómo Jesucristo, en su primera salida para la vida pública, se dirigió al río Jordán¹, en donde su Precursor estaba predicando, y habiendo oído el sermón confundido con los pecadores, pidió que le bautizase. Deseaba el Salvador obrar primero lo que había de enseñar, honrando de camino el bautismo de su Precursor, y con la obra aprobarle. Movidó por este deseo, mira cómo se humilla, cómo comienza el oficio de maestro y predicador, dándote ejemplo de rara humildad. El Maestro se humilla al discípulo, el Redentor á su redimido, el Hijo de Dios vivo á su Precursor y criado, y el Autor de la santidad toma figura de pecador; porque siendo Cristo sabiduría infinita y maestro de todos, se puso entre los soldados y publicanos á oír el sermón de Juan; y con ser purísimo y sin mancilla, quiso pedir el bautismo de los pecadores como si fuese pecador. Pondera cuán perfectamente cumplió todos los tres grados que tiene la virtud de la humildad; porque en este día se sujetó al que era infinitamente menor que Él, con tanto rendimiento y prontitud como si fuera mayor, en lo cual está el tercero y supremo grado de esta virtud. Aprende de todo esto que todo principio de cosas grandes ha de ser con ejercicios de humildad, disponiéndote con ella para que Dios

¹ Matth., iii, 13; S. Thom.

te manifieste cosas de mucha gloria suya: aprende también á practicar antes¹ aquello que debes predicar á los demás, autorizando con el ejemplo la doctrina que enseñas; no contentándote con observar los preceptos, sino guardando también los consejos, porque si Jesucristo guardó el consejo de su Precursor, recibiendo su bautismo, mucha más razón es que tú guardes los de este divino Maestro. ¡Oh Cordero inocentísimo que quitáis los pecados del mundo! ¿Qué á Vos con este bautismo? ¿Qué á Vos con ese lavatorio de gente sucia y manchada de pecados? Vos, Señor, queréis ser tenido por pecador, sin serlo, y yo suspiro por ser tenido en opinión de justo, siendo vil pecador! ¡Vos, siendo Rey de reyes, os humilláis á un siervo vuestro, y yo, miserable gusano, no me quiero sujetar á mis superiores! ¿Qué dices á esto, alma fiel? ¿No quedará consumida tu soberbia con tan raro ejemplo de humildad?

Punto 2.º *Admiración y obediencia del Bautista.*—Considera cómo al tiempo que san Juan iba á bautizar á Cristo, el Espíritu Santo interiormente le reveló cómo aquel hombre era el Mesías, porque no le conocía de cara; y rehusando bautizarle, le dijo: «Yo, Señor, debo ser bautizado por tí, ¿y tú vienes á mí para que te bautice?» Pondera cuál sería el gozo y alegría interior de Juan al conocer á Cristo Nuestro Señor; sin duda se le renovarían aquellos admirables júbilos que tuvo cuando le conoció en el vientre de su madre. Y con este gozo juntó grande reverencia y profunda humildad, confesando de sí que era pecador, necesitado de que el Salvador le lavase y purificase con su bautismo de Espíritu Santo, y lleno de admiración y pasmo por verle tan humillado, prorrumpió en aquellas palabras: «¿Tú vienes á mí?» ¿Tú, Dios infinito? ¿Tú, Salvador del mundo, perdonador de pecados? ¿Tú que me santificaste en el vientre de mi madre? ¿Á mí, tu criatura? ¿Á mí, tu esclavo? ¿Á mí, vil gusanillo? ¿Y para que yo te bautice con mi bautismo de agua sola, siendo tú autor del bautismo de gracia? Así debieras tú recibir las visitas del Señor, especialmente cuando se digna venir á ti en la sagrada comunión, saliéndole al encuentro con fervientes afectos de humildad, reverencia, admiración y amor. Mas reflexiona cómo Jesucristo, aunque muy complacido de las disposiciones de su Precursor, le respondió: «¡Déjate de eso por ahora, porque así nos conviene cumplir toda justicia!» Como si dijera: Al modo que yo me humillo con todos los grados de humildad, así tú has de dar un perfecto ejemplo de obediencia, sometiéndote de obra, de voluntad y entendimiento. Y el Bautista, sin resistir más, como hizo san Pedro cuando era todavía imperfecto, cumplió lo que ordenaba Jesús. ¿Imitamos las virtudes que aquí nos enseñan Jesucristo y su Precursor? ¿Somos obedientes como Juan? ¿Nos

¹ Act., i, 1. — ² Matth., iii, 14. — ³ Matth., iii, 15.

humillamos como Jesús? ¡Oh amorosísimo Redentor! Ya que deseáis que se cumpla toda justicia, ilustrad los ojos de mi ánima con la luz que comunicasteis á vuestro favorecido Precursor, para que, conociéndome á mí, me humille bajo vuestra poderosa mano, y me sujete á toda humana criatura¹; y conociéndoos á Vos, os ame con ferviente amor por todos los siglos.

Punto 3.º *Honra que hace el Eterno Padre á su Hijo.*— Considera cómo el Padre Eterno, cuyo es propio ensalzar á los que se humillan², al ver á su Unigénito tan profundamente humillado, quiso honrarle de un modo proporcionado á su propia grandeza y á la dignidad de su Hijo. Para esto dispuso lo primero que se abriesen los cielos³, formándose en ellos una como abertura con un resplandor maravilloso, con lo cual se daba á entender que Cristo Nuestro Señor, por cuyo respeto se abrían, no era hombre terreno, sino celestial⁴; y que se abrirían las puertas del cielo á los que le imitasen. Lo segundo envió al Espíritu Santo en figura de paloma⁵, la cual se puso sobre su cabeza, significando la plenitud del divino espíritu que tenía dentro de sí⁶. Y quiso que tomase la figura exterior de paloma para dar á entender la pureza, inocencia y mansedumbre de Cristo; y para que los hombres supiesen que no sólo estaba limpio de pecados, sino que sería el portador de la paz, y que por él cesaría el diluvio de culpas que inundaba el mundo, al modo que la paloma de Noé anunció la cesación del diluvio⁷. Por fin, el mismo Padre Eterno quiso dar público testimonio de Él, diciendo⁸: «Este es mi Hijo amado, en quien me he agrado». Pondera con atención el significado de cada una de estas palabras, llenas de los sentidos más gloriosos para Jesucristo. Este, que parece puro hombre, que tiene apariencia de pecador, que recibe el bautismo de los pecadores, es mi Hijo, no adoptivo, sino natural, unigénito, en todo igual á Mí tan santo, sabio, poderoso como Yo⁹; por esto es mi muy amado, á quien amo sobre todas las cosas, y por quien comunico mi amor á todas ellas; en Él me agrado, y todas sus cosas me gustan, y no tenía necesidad de ese bautismo para poseer mi amor. ¡Oh Padre Eterno! Gracias os doy por la honra que hicisteis á vuestro Hijo en tal coyuntura, abriendo por su respeto los cielos, enviando el Espíritu Santo sobre Él y dando Vos mismo tan glorioso testimonio; gózome del amor y buen agradamiento que tenéis en Él, por quien os suplicó me ayudéis, para que á su imitación haga siempre lo que os agrada¹⁰, de modo que os agradeis en mí. ¿Hacemos nosotros lo que agrada á Dios? ¿Puede Él complacerse en nuestras obras? ¿Cómo debiéramos hacerlas?

Epílogo y coloquios. ¡Qué humildad tan profunda y ad-

¹ I Petr., II, 13. — ² Luc., XIV, 11. — ³ Matth., III, 16. — ⁴ I Cor., XV, 47.

⁵ Luc., III, 22. — ⁶ Isai., XI, 2; S. Thom. — ⁷ Gen., VIII, 11. — ⁸ Matth., III, 17.

⁹ Psalm. CIX, 3. — ¹⁰ Joan., VIII, 29.

mirable descubre Jesucristo en su bautismo! Maestro soberano, oye las lecciones de su discípulo; Dios de pureza, recibe el bautismo de pecadores. No es ya sólo á su Padre á quien se sujeta, sino á su mismo Precursor que, aunque santo, le es infinitamente inferior, cumpliendo y llenando todos los grados de esta importante virtud. Con razón se admira el Bautista al reconocer á su mismo Dios y Redentor en el que le pedía su bautismo de agua. ¿No te admira la humildad de Jesucristo? ¿Rehusarás tú humillarte cuando tanto se abaja el Señor de los ángeles? ¿Querrás pasar por justo, cuando el que es la misma justicia se presenta como pecador? Mira el Bautista con cuánta prontitud se somete á realizar una obra, á la cual su humildad y respeto tanto se resistía. ¿Lo manda Jesucristo? Basta. San Juan se somete y rinde de obra, de voluntad y de entendimiento. ¡Oh si supieras tú imitar la obediencia de este Precursor y la humildad de tu Divino Maestro! Entonces tendrías derecho para esperar las honras de Dios, el cual siempre ha solido ensalzar á los humildes, como en esta ocasión lo hizo con su Divino Hijo. Da gracias al Padre celestial por esta honra; examina cómo debes tú hacerte digno de ella; forma para esto eficaces propósitos, pide gracia para cumplirlos, y ruega por las demás necesidades.

49.—JESUCRISTO SE RETIRA AL DESIERTO.

PRELUDIO 1.º Jesucristo, después del bautismo, movido del divino Espíritu, se retiró al desierto, en donde ayunó é hizo otras penitencias.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesucristo en el desierto orando y haciendo penitencia.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber imitar los ejemplos de Jesucristo.

Punto 1.º *Luego de bautizado, partió Jesús del río Jordán.*— Considera cómo, luego de bautizado, partió Jesucristo del río Jordán¹, ejercitando con esta partida varias virtudes propias de los que están llenos del Espíritu Santo. Porque lo primero ejercitó la virtud de la humildad, huyendo las alabanzas humanas y las honras mundanas, porque la muchedumbre del pueblo que había visto y oído las maravillas que pasaron en su bautismo, no cesaran de honrarle y alabarle, y así quiso huir y esconderse, no porque Él tuviese peligro de vanidad, sino para enseñar con su ejemplo á los que le tenemos, que huyamos los lugares y ocasiones de nuestras alabanzas, especialmente en los principios, cuando la virtud está tierna y corre peligro de perderse en flor con el viento de la vanidad, como se pierde la virtud de los hipócritas, según dice el Espíritu Santo² en el libro de Job. Lo segundo quiso con esta salida significar que los varones llenos del Espíritu Santo

¹ Luc., IV, 1. — ² Job., VIII, 13.

aunque no desprecian las ceremonias exteriores, como era el bautismo de sola agua; pero en cumpliendo con ellas, luego se retiran á las interiores, y á ejercicios de virtud más levantados y espirituales, porque no se diga de ellos lo que el mismo Señor dijo de los fariseos, que hacían grande caso de estos lavatorios exteriores¹: «Este pueblo solamente me honra con los labios y con ceremonias exteriores, y su corazón está lejos de mí. ¡Ay de vosotros, hipócritas, que limpiáis por defuera el vaso y el plato, y de dentro estáis llenos de inmundicia»²! Por último, se retira del Jordán, en donde se había reunido mucha gente para oír la predicación del Bautista y recibir su bautismo, para significar que quien está lleno del divino Espíritu y ha visto los secretos del cielo, y gustado en la oración la suavidad de Dios, luego desea huir el bullicio y tráfago de la gente, para rumiar á sus solas lo que ha visto, y entregarse más de veras á la contemplación de lo que se le ha mostrado. Vuelve ahora los ojos sobre ti mismo, y poniendo delante de ellos este hermoso espejo de Cristo, mira si te dejas llevar de la vanidad, buscando, ó, á lo menos, aceptando y complaciéndote en las alabanzas del mundo; si pones todo tu corazón en las ceremonias exteriores, y si á los debidos tiempos te retiras á la consideración de las verdades que has aprendido. ¡Oh dulcísimo Jesús! Llenadme del Espíritu Santo de que estabais lleno, para que comience á imitar el ejemplo que me disteis retirándome á orar á sus tiempos del modo que os retirasteis. ¿Abrigamos nosotros estos deseos? ¿Cómo debemos efectuarlos?

Punto 2.º *Jesús yendo al desierto.*—Considera cómo, luego que se retiró Jesús del Jordán, dirigióse al desierto, en lo cual debes ponderar que quien mueve á Jesús á este retiro no es el espíritu de vanidad, ni el carnal, ni el humano, ni el diabólico, sino el Espíritu Santo, de que estaba lleno, porque esta es la diferencia que hay entre los hijos del Adán terreno y los del Adán celestial; aquéllos son guiados en sus empresas por el espíritu malo, pero éstos son movidos del buen Espíritu, siguiendo sus inspiraciones é impulsos celestiales³. Mas, reflexiona sobre el modo cómo este divino Espíritu movió á Cristo⁴, que fué con presteza, *statim*, al punto, luego de bautizado, sin demora, porque este Espíritu no admite dilaciones ni tardanzas; con eficacia, *expulit*, le arrojó y le impelió eficaz, pero suavemente, como quien le guiaba y llevaba de la mano, enseñándote con esto que los que son hijos de Dios han de obedecer á la inspiración del Espíritu Santo con la misma presteza, eficacia y gusto, alegrándose de seguir su dirección sin divertirse á otra cosa. Observa, finalmente, el lugar adonde guía el Espíritu Santo á Jesucristo, y verás que es al desierto y á la soledad, no á Jerusalén ni á po-

¹ Matth., xv, 8. — ² Matth., xxiii, 25. — ³ Rom., viii, 14. — ⁴ Marc., i, 12.

blado, para hablar y conversar con los hombres. ¡Ah! Quería que antes de la predicación se ejercitase para tu enseñanza en la humildad, haciendo que morase entre las bestias, á la manera que había nacido en un pesebre de animales antes de entrar en el mundo; en la penitencia, para lo cual es lugar á propósito el desierto, en donde velaba mucho, dormía en el suelo, sufría las injurias de los tiempos sin abrigo alguno, y ayunaba con ayuno riguroso y milagroso; en la oración y contemplación continua, de modo que, aunque su cuerpo estaba con las bestias, su espíritu estaba en el cielo con los ángeles; y así, de aquel desierto subía siempre su oración como pebete de mirra¹ é incienso muy oloroso al Eterno Padre. ¡Oh Salvador mío!; pues por mi ejemplo vais al desierto, llevadme en vuestra compañía, enseñándome á buscar dentro de mí la soledad, y ejercitar la oración y penitencia en ella. ¡Oh Espíritu santísimo! Inspiradme y guiadme con eficacia al monte de la mirra y al collado del incienso, para que pueda seguir al Salvador. ¿Y tú, alma devota, sigues las inspiraciones del divino Espíritu? ¿Amas la soledad, y practicas en ella las virtudes que tu Redentor? Medítalo.

Punto 3.º *Ayuno de Jesús.*—Considera cómo, llegado Jesús al desierto, principió un ayuno que duró hasta cuarenta días y cuarenta noches. Quiso el divino Maestro comenzar su obra de la Redención satisfaciendo por la gula de nuestros primeros padres, que contra el precepto del Señor comieron de la fruta del árbol vedado, y juntamente satisfacer por todas las glotonerías y embriagueces del mundo². Pretendió, además, enseñar á todos los bautizados que, después de recibida la divina gracia, deben ejercitarse en la penitencia³, para domar los bríos de la carne y sujetarla al espíritu; y á aquellos que han de ser ministros de su Evangelio, que les conviene castigar su cuerpo y reducirle á servidumbre, porque no les suceda que, predicando á otros, queden ellos reprobados⁴. Pondera aquí también las cualidades que acompañaron al ayuno de Jesucristo; el cual fué rigurosísimo, aunque milagroso, porque estuvo todo el tiempo sin comer ni beber cosa alguna de día ni de noche. Así debieran ser los tuyos, rigurosos, aunque sin pedir milagros. Fué largo y prolijo, durando cuarenta días y cuarenta noches, para significarte la constancia que has de tener en las obras de penitencia, y en la castigación de la carne, perseverando hasta alcanzar la perfección; porque, aunque Cristo nuestro Señor no prolongó su ayuno más de estos días, aparejado estaba para dilatarlo más tiempo si fuera necesario. Fué, por fin, aunque riguroso por una parte, por otra suave; porque en todo este tiempo no tuvo hambre, como se colige de los Evangelistas, haciendo la virtud de la divinidad y la dulzura de la contemplación que la carne no sintiese hambre ni trabajo en

¹ Cant., iii, 6. — ² S. Tuom. — ³ C. i. in; S. Greg. M. — ⁴ I Cor., ix, 27.

su ayuno; como ni le sintieron Moisés y Elías¹; el uno por estar en el monte conversando con Dios, y el otro porque iba al monte á conversar con Él y había sido confortado con el pan que le dió el ángel; en lo cual se te avisa² que la oración y devoción hacen suave el ayuno, premiando la ayuda que de él reciben con el gusto que le añaden. ¡Oh dulcísimo Jesús! Gracias os doy por el ayuno tan riguroso que hicisteis, en satisfacción de mis pecados; por él os suplico los perdonéis, y me ayudéis, para que de hoy más mi cuerpo ayune, absteniéndose de manjares, y el espíritu ayune, apartándose de los vicios. ¡Oh alma! Mira con sorpresa el ayuno de Jesucristo, y examina cómo piensas acerca de los ayunos. ¿Cómo los practicas? ¿Cómo debieras hacerlo?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán bien empieza el Salvador á hacer el oficio de Maestro! No ha dado principio á la predicación; pero sus obras hablan ya elocuentemente. Lleno del Espíritu Santo, se retira del Jordán para huir de las alabanzas y aplausos del mundo, para darte á conocer que no debías ser como los hipócritas, que sólo piensan en las obras exteriores de religión, olvidándose después de los ejercicios interiores, para enseñarte que el alma llena del divino Espíritu halla todo su consuelo en la soledad y todas sus delicias en el retiro. Conoce por este ejemplo de Jesucristo si en tu alma mora este espíritu celestial. Pero mírale cómo va al desierto impulsado con fuerza y suavidad por el Espíritu Santo. ¿Qué hará allá Jesús? ¡Ah! Se humillará, viviendo entre las bestias, Él, que tiene su trono sobre los querubines; hará penitencia aquel que es el Hijo muy amado del Padre celestial y el objeto de todas sus complacencias; orará y contemplará las grandezas de Dios, aquel por quien bajan al mundo todas las gracias; ayunará, por fin, para comenzar á satisfacer por las glotonerías del mundo que viene á salvar; y su ayuno será riguroso, pasando días y noches sin probar alimento ni bebida; será prolongado, alargándolo hasta cuarenta días; será suave, acompañado y sostenido por las dulzuras de la divina gracia. Mira de nuevo á Jesús, y mírate á ti, y al ver tu proceder tan disonante del suyo, confúndete, propón, pide gracias, y ruega por todo lo que tengas encomendado.

50.—TENTACIONES DE JESUCRISTO EN GENERAL.

PRELUDIO 1.º Jesucristo fué guiado por el divino Espíritu al desierto para ser tentado, y habiendo vencido las tentaciones, vinieron los ángeles á servirle.

PRELUDIO 2.º R-presentate á Jesús vencedor y servido por los ángeles.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber luchar y vencer como Jesús.

Punto 1.º *Jesús conducido por el Espíritu Santo al desierto para ser tentado.*—Considera cómo uno de los fines por

¹ Exod., xxxiv, 28; III Reg., xix, 8. — ² S. Bern.

los cuales el divino Espíritu movió á Jesucristo á ir al desierto, fué para que fuese tentado del demonio¹. Es propio del divino Espíritu poner á los varones muy perfectos en lugares y ocasiones donde sean tentados, para descubrir en ellos la eficacia de su gracia, y darles esclarecidas victorias y ganancias de grandes virtudes y merecimientos. Por esto, si la voluntad y providencia de Dios te ha puesto en medio del fuego de las tentaciones, no temas, porque á su fidelidad toca darte la gracia² para que, no sólo no recibas daño de ellas, sino que te sean de grande provecho. Pondera cómo el divino Espíritu guió á Jesucristo al desierto más que á otro lugar, para ser tentado, porque el desierto es lugar ocasionado para las tentaciones por razón de la soledad, porque, en viendo el demonio á uno que está solo y que no tiene hombre que le ayude con su consejo y dirección, y con otros medios que los padres espirituales dan á los tentados, espera vencerle; y así, le acomete con grande cuidado, como acometió á Eva en viéndola sola y apartada de su marido Adán, y la venció y engañó fácilmente. Y por esto, ninguno que no sea perfecto ha de presumir de entrar en los desiertos á vivir vida solitaria³. Mas reflexiona que, aunque vivas en poblado y en comunidad, si no quieres dar cuenta de tus tentaciones al confesor ó padre espiritual, verdaderamente estás solo, y vives en desierto y en peligro de ser tentado y vencido del demonio fácilmente, porque, como dice el Eclesiastes⁴: «Cuando muerde la serpiente en secreto, y sin silbo, no tiene ganancia el encantador», que es decir: Cuando el demonio tienta y muerde con la culpa, y el mordido calla, aunque haya médico que le cure, no será curado, porque es como estar solo; y ¡ay del solo!, que si cae, no habrá quien le dé la mano para levantarlo. Considera, además de esto, que, como la vida de los solitarios, fundada en aspereza y oración, es muy perfecta, en viendo el demonio que alguno la comienza, acude á tentarle, para atajarle los pasos; porque, aunque aborrece y tienta á todos los nombres, pero mucho más á los muy fervorosos que comienzan á servir á Dios con perfección, donde quiera que estén. ¡Oh Espíritu Santísimo! Yo me arrojo en vuestra providencia, para que me pongáis donde quisieréis, á fin de que sea tentado y probado; porque, siendo Vos mi padrino y ayudador en los combates, tengo segura la victoria, y nada podrá contra mí el enemigo, ya esté solo, ya acompañado, ya en desierto, ya en poblado. ¡Oh alma fiel! ¿Quieres no temer los asaltos de tu enemigo? Sé fervorosa, confía en la Providencia divina, manifiesta tus tentaciones á quien debes. ¿Te conduces de esta manera?

Punto 2.º *Causas de las tentaciones de Jesús.*—Considera aquí las causas porque quiso Cristo Nuestro Señor ser ten-

¹ Matth., iv, 1; S. Thom. — ² I Cor., x, 13. — ³ S. Basil. et Casian. — ⁴ Eccles., x, 11.